

ODA IX.

À MECENAS.

Quando repostum Caecubum ad festas dapes.

¿Cuándo seráme dado
 Libar contigo bajo prócer techo,
 Oh Mecenas dichoso, con agrado
 De Jove el Cécubo hecho
 Para mojar con él gratos manjares,
 Vencedor César, libres de pesares,

Los acordes oyendo
 De doria lira y de la tibia tracia?
 Como cuando el neptúneo íbase huyendo
 Quemados con falacia
 Sus bajeles, minaz, y las almenas
 De Roma humillar quiso y en cadenas,

Al siervo vil quitadas,
 Poner á la ciudad. Hoy el romano,
 (¿Lo creeréis, ah, gentes fortunadas
 Del porvenir?) insano
 Siervo de una mujer, mílite lleva
 Las armas, las estacas; y así prueba

Que sirve y servir puede
 Á ancianos espadones. Del sol bello
 La pura luz se afrenta y retrocede
 De la infamia ante el sello
 Que el conopeo, imprime, de otros lares
 Entre nuestras insignias militares.

Volvieron bufadores
 Sus caballos, valientes de Galacia
 Dos mil soldados, vívidos clamores
 Que manso el viento espacia
 Levantando, del César para gloria
 En testimonio de ínclita victoria.

Ya por la parte izquierda,
 Del enemigo ocúltanse veloces
 Atados con tenáz y ruda cuerda
 Los bajeles feroces
 Que sólo ostentan la redonda popa
 En la parte que el mar no los arropa.

¡Oh triunfo, el carro de oro
 Más de lo justo sin piedad detienes
 Y el lucio, nuevo, inmaculado toro!
 ¡Oh triunfo, no un decoro
 Igual tuviste encima de la tierra
 Ni en la pasada Yugurtina guerra!

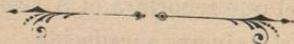
Èste mayor ha sido
 Que aquel que reportara el Africano
 Á quien el universo agradecido,
 Del valor soberano
 En premio, dió por última morada
 Á la misma Cartago devastada.

Vencido Marco Antonio
 En tierra y mar, la púrpura fenicia
 Trueca mal de su grado, en testimonio
 De que le fué impropicia
 La suerte, por la túnica de luto
 De su vil arrogancia acerbo fruto.

Acaso él ahora
 Á Creta insigne por sus cien ciudades
 Arrumba triste la averiada prora;
 Y allá en las soledades
 Del mar, topa en las Sirtes por el Noto
 Combatidas, ó en piélago anda ignoto.

--Solicito mancebo,
 Trae las copas limpias y capaces
 Y el vino quío y lesbio, mas no nuevo;
 Y aquellos que eficaces
 Contra la náusea son que presta viene:
 Cécubo dame, que esa virtud tiene.

El padecido miedo,
 El afán, el solícito cuidado
 Que me tuvieron sin vigor y acedo
 Todo el tiempo pasado
 Por la suerte del César peregrino,
 Hoy he de ahogar en delicioso vino.



ODA X.

CONTRA EL POETA MEVIO.

Mala soluta navis exit alite,

¡Las anclas leva con terrible agüero,
 Oh nave, que al fruslero
 Mevio transpones, y la vela arbola!
 ¡Acuérdate, Austro alado,
 De uno y otro costado
 Sañudo flagelar con recia ola!

Vuelva el Euro á la mar de abajo arriba
 Y en lo alto de la giba
 Disperse jarcias y tronzados remos;
 Y el Aquilón despierte
 Cual acostumbra, fuerte
 Al descuajar los árboles supremos.

En negra noche, favorable estrella
 No emita luz, ni huella
 Deje brillante cuando Orión declina;
 Ni en lo que dure el viaje
 Goce de un oleaje
 Mejor que la falange peregrina

De los pérfidos griegos vencedores,
Después que sus furores
De la quemada Ilión trasladó Palas
À aquella nave impía
En la que Ajax volvía
De ciclón fiero en las potentes alas.

¡Oh, qué sudor le espera al triste boga
Y al que tire la sogá!
¡Qué palidez mortal á ti aguarda!
¡Qué gritos femeniles
Darás, á los pretilés
Bien asido, pegado, con voz tarda

Llamando á Jove adusto y enemigo,
Al ver que sin abrigo
El seno Jonio remugiendo grave,
Por el húmido Noto
Movido, y sin piloto
Te deja inerme en la rajada nave!

Óptima presa en la ribera curva
Serás para la turba
De mergos en aquellas soledades:
Mientras yo ofrezco un chivo,
Por lúbrico votivo,
Y una oveja á las rudas tempestades.



ODA XIV.

À MECENAS.

Mollis inertia cur tantam diffuderit imis

Es indecible, bárbaro el tormento
Que me causa tu acento,
Oh cándido Mecenas, si preguntas:
Por qué la inercia blanda
Que rodeándome anda
Y la débil memoria bogan juntas,

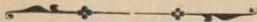
Como si el tedio entrando en mis sentidos
Me produjera olvidos
De tanta magnitud, cual si con fauce
Árida, de un deseo
Movido, del Leteo
Beber lograra en el dormido cauce?

Un dios y sólo un dios que en mí se hospeda
Es quien por hoy me veda
Concluir y poner lima á aquellos yambos,
Que ésta es la poesía
Que en ya lejano día
Te hube de prometer con gusto de ambos.

De Anacreón se narra, el hábil teyo,
 Que á Batilo el plebeyo
 De Samos quiso complacer, y tanto,
 Que si flébil suspira
 Hace sonar la lira
 No pocas veces sin limar el canto.

Muy bien entiendo que infeliz te abrasas
 Y triste vida pasas;
 Confórmate, Mecenas, con tu suerte:
 Que es esta nueva joya
 Mejor que la que á Troya
 Llevó el incendio, el exterminio y muerte.

De mí te digo: (¿habrá quien lo imagine?)
 Que la liberta Frine
 Con su amor y caprichos me macera;
 Y es lo crudo, lo grave,
 (Por si lo ignoras, sabe):
 Que no me pertenece toda entera.



ODA XV.

À SU AMIGA NEERA.

Nox erat, et coelo fulgebat luna sereno

Era de noche, y pálidos fulgores
 La luna entre menores
 Astros de la honda esfera difundía,
 Cuando al numen mintiendo
 Y tristeza fingiendo,
 Más adherida á la palabra mía

Que trepadora hiedra á encina augusta
 Á la que ávida ajusta
 Los débiles zarcillos, así hablabas:
 “Por mientras el no hurraño
 “Lobo al triste rebaño
 “Tenaz persiga sobre antiguas lavas,

“Por mientras crudo Orión, del nauta azote,
 “El piélagos alborote
 “En invierno, y la intonsa cabellera
 “De Apolo el delio agite
 “El céfiro y palpíte,
 “De entrambos el amor no esperes muera.”

¡Oh, cuánto mi valor vendrá á dolerte!
 Mucho más que la muerte,
 Neera. Si hay en Flacco ia energía
 Al hombre necesaria,
 Aunque tú seas varia
 No con frialdad, inerte sufriría

Que pase otro contigo aquellas horas
 Dulces y halagadoras.
 Perseguir debo á mi rival odiado:
 No esperes mi constancia
 Vencer, si la arrogancia
 Entra en mí y el dolor del afrentado.

Tú, quien seas, feliz y soberbio
 Que á costa del reposo
 Ajeno medras, aunque muchas reses
 Poseas y terrenos
 Y gramales amenos
 Que al recontar los hatos atravieses,

Aunque las aguas todas del Pactolo
 Fluyan para ti sólo,
 Aunque de aquel Pitágoras nacido
 Dos veces, el arcano
 Descifres soberano
 Muy más que todos hábil y sabido,

Y aunquepreciado venzas á Nireo
 En belleza y arreo,
 ¡Ay! pronto llorarás al verla amada
 Por otro de más nota:
 Y yo de tu derrota
 Reiré con sonora carcajada.

CARMEN SAECULARE.

Phoebe, silvarumque potens Diana,

¡Febo, decoro del fulgente cielo,
 Diana, reina de las verdes selvas,
 Oh venerandos, venerados siempre,
 Próvidos dadnos

Lo que pedimos en el sacro tiempo
 En que los versos sibilinos mandan,
 Que ilustres niñas é inocentes niños
 Cántiga eleven

À las deidades que los siete montes
 Aman propicias! ¡Almo sol, que el día
 Traes y llevas por la tarde en lento,
 Nítido carro,

Que eres el mismo y al nacer pareces
 Otro diverso, nunca en tu carrera
 Un pueblo veas más feliz que el alta,
 Bélica Roma!

Blanda Ilithyia, á los sazones partos
 Ritual asiste y de las madres cuida,
 Ora Lucina, Genitalis ora
 Llámeme el mundo.

Acrece, diosa, nuestra raza y junta
De nuestros padres con las leyes otra
Que el matrimonio y la prosapia nueva,
Próspera aumente;

Y que los cantos, el retorno cierto
De once decenas de felices años,
Y ternos juegos diurnos y nocturnos,
Plácido narre.

Parcas, veraces por cumplido augurio,
Juntad aquestos con los otros hados
Y lo augurado, el de las cosas fije
Término estable.

En mies y en hatos pródiga la tierra
De espigas done la corona á Ceres;
Salubre el agua á los corderos nutran
Y húmido el viento.

¡Apolo blando y apacible, ocultas
Las flechas, oye á los orantes niños;
Oye á las niñas, de los astros reina,
Tácita luna!

Si es obra vuestra la preclara Roma
Y si arribaron las troyanas huestes
(Parte obligada á trasladar los lares
É ínclito pueblo

En feliz viaje) á la ribera etrusca,
Y á quien Eneas valeroso y pío,
Sobreviviendo á su infelice patria,
Próspera brecha

Sin mala fraude abrióles entre el fuego
Que consumía á la incendiada Troya,
Para donarles por lo que ellos dejan
Óptimo lucro,

Á la proclive juventud, oh dioses,
Vivir honesto, á la vejez pacata
Reposo, oh dioses, dad y á la del claro
Rómulo insigne

Viril prosapia, inacabable copia
De plata y oro, número crecido
De servidores y vasallos fieles
É ínclita fama.

Y éste que ahora, del linaje excelso
Del frigio Anquises y de Venus diva,
Sobre las aras sacrifica humilde
Cándidos bueyes,

Tenga el Imperio, superior en todo
Y en la batalla al que le fué contrario;
Y que al vencido, vencedor imponga
Vínculo suave.

Ya nuestros bríos teme el rico medo
Por mar y tierra y la segur albana;
Y leyes piden el escita, el indio,
Túmido ha poco.

La fe, la paz, la honra de otros siglos,
La honestidad y la virtud fugada
Osan volver; y la abundancia muestra
Túrgido el cuerno.

Si augur Apolo con el arco adunco,
Siempre loado por las nueve Musas,
Y que con su arte los laxados cuerpos
Rápido anima,

Ve favorable el palatino alcázar,
¡Guarde al Imperio y al dichoso Lacio
Hasta otra edad y mejorando hasta otro
Plácido lustro!

¡Qué la que impera en el sereno Algido
Y excelsitud del Aventino monte,
Las de los quince sacerdotes sacros
Férvidas preces

Quiera escuchar! qué preste compasiva
Fácil oído á los sencillos votos
Que al éter alzan estos apacibles,
Débiles niños!

Retorno ufano á mi morada umbrosa,
Retorna alegre el enseñado coro
De Febo en gloria á modular y Diana
Cánticos suaves.

Pero llevamos la esperanza buena,
Cierta, feliz de que los dioses todos
Sientan lo mismo que el primero de ellos
Júpiter padre.



Por distracción fueron traducidas
dos veces las tres odas que si-
guen; y se incluyen aquí porque
no perezcan.

Á VOLGIO.

Non semper imbres nubibus hispido
Ode IX. lib. 2º

No siempre obscura nube el cielo empañá
Y en suave lluvia baña
La empobrecida escuálida llanura;
Ni agitan las soberbias tempestades
Del mar Caspio las vastas soledades
Con hórrida bravura.

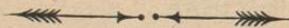
No siempre el hielo temeroso y cano
Posa la inerte mano
Sobre la arena de la armenia orilla;
Ni sacude los robles y al quejigo
Desnuda de sus frondas, Volgio amigo,
Del Bóreas la rencilla.

Y tú, siempre al hermoso y tierno Miste
Con cantilena triste
Persigues, por la Parca arrebatado;
Ni el fiero amor te deja cuando asoma
Héspero, ó cuando se hunde tras la loma
Antes que el sol dorado.

Aquel Néstor que tres edades viera
Lloró la suerte fiera
De Antíloco, mas no toda la vida;
Ni siempre lamentaron con gemidos
Las hermanas y padres afligidos
De Troilo la partida.

Pon dique á la quèrrela y sentimiento;
Y con robusto acento
De Augusto César las victorias nuevas
Cantemos, á la par que á los dos ríos,
El Medo y el Nifates, que sin bríos
Lamen las duras glebas

De los pueblos vencidos y humillados
Á que están agregados
Del rudo vencedor por el encono,
Y que cruza en eternas correrías
Por estepas sin límite y baldías
El équite gelono.



Á FIDILE.

Coelo supinas si tuleris manus
Ode XXIII. lib. III.

Si vueltas hacia el cielo
Ambas manos, Fidile campesina,
Levantas cuando el velo
Azulado ilumina
Naciente apenas Febe peregrina;

Si á los Lares aplacas
Con incienso y el fruto que corona
Este año tus opacas
Praderas y que abona
Tu labor, y con ávida lechona;

No sentirán tus vides
El Áfrico dañino, ni tus mieses
Con el tizón en lides
Entrarán, ni reveses
Habrá la grey en los fructuosos meses.

Pues la lucia ternera
Que se apace votiva en el Algido
Nivoso placentera,
Entre el follaje hendido
De carrascas y roble verdecido,

Ó entre la hierba albana,
 Víctima, crece y tiene su manida,
 Ya dejará mañana,
 En la cerviz herida,
 La segur del pontífice teñida.

Mas, á ti no te toca
 Tentar con este arbitrio lo que alcanza
 Quien al Empíreo invoca;
 Ni cifras tu esperanza
 De ovejas en la mísera matanza;

No á ti, que humilde y pobre
 Culto rindes al parvo dios casero
 Al colocarle sobre
 La testa con esmero
 Cerco de mirto frágil y romero.

Que no el hostia opulenta
 Logró ablandar mejor por suntüosa
 Al Penate que ostenta
 Rencor y pernicioso
 Triste saña en el nicho do reposa,

Que aquella harina blanca,
 Leve, pía y de sal el vítreo grano
 Saltante, que con franca,
 Limpia, inocente mano
 Se presentan al numen soberano.



Á LOLIO.

Ne forte credas interitura quae,
 Ode IX, lib. IV.

No presumas jamás, Lolio querido,
 Que por haber nacido
 Cabe la orilla del salvaje Ofanto
 De límpidos espejos
 Y cuya voz se escucha de muy lejos,
 Han de morir los versos que hora canto.

Los versos á que dí rara medida,
 Hasta hoy desconocida
 Del ítalo, con estro sobrehumano,
 Y que daránme nombre
 Porque á la par recítalos el hombre
 Y allega y bulle el plectro soberano.

Si entre poetas el lugar primero
 Tiene el meonio Homero,
 No por ello de Píndaro la musa,
 Las del vate de Ceo
 Y Estesicoro, y la minaz de Alceo,
 En la fuente se esconden de Aretusa.

De la edad á despecho guarda el mundo
 Con afecto profundo
 De Anacreón los versos; los amores
 De Safo el áurea lira
 Conserva aún, y ahora nos inspira
 De aquella alma de fuego los ardores.

Ni sola se abrasó la hermosa Helena,
 La tronzada melena
 Al mirar de su adúltero consorte,
 Y de oro labrado
 Su vestido de púrpura y brocado,
 La regia estancia y lisonjera corte.

Ni aquel insigne Teucro fué el primero
 Que embebió el dardo fiero
 En el arco cretense; y combatida
 Con pertinacia y dolo
 En los pasados siglos no fué sólo
 Troya insigne, por Juno protegida.

Ni Idomeneo sólo y Estenelo
 Asombraron el suelo
 Con ínclitas batallas, que merecen
 Mirarse eternizadas
 Del Pindo por las vírgenes sagradas
 En dulces cantos que jamás perecen.

Héctor feroz y el válido Deifobo,
 A quienes en arrobo
 Contemplaron los griegos, no primero
 Que otros, graves heridas
 Sufrieron por salvar á las queridas
 Esposas é hijos, de enemigo acero.

Antes que Agamenón, muchos valientes
 Levantaron las frentes;
 Mas, ninguno los llora; son extrañas
 Sus virtudes: cayeron
 En largo olvido, porque no tuvieron
 Poeta que narrara sus hazañas.

La virtud escondida, Lolio caro,
 Poco del ocio ignaro
 Se distingue. ¡No quiera fementido
 Mi amor, que tú no ignoras,
 En mis trovas brillantes y sonoras
 Negarte el claro honor que te es debido!

Vengador eres de la fraude avara;
 Y aun huyes ¡cosa rara!
 Del vil dinero que lo absorbe todo;
 Y cónsul, no de un año
 Sino de muchos, porque el torpe engaño,
 Juez fiel, rechazas por extraño modo.

Y porque con el rostro levantado
 Menosprecias airado
 Los dones del que intenta sobornarte;
 Y entre las turbas ciegas
 Sereno cruzas y las armas juegas,
 Las nobles armas, con fortuna y arte.

Tú, nunca das el nombre de dichoso
 Al necio codicioso
 Que amontonó riqueza y más riqueza;
 Y sí llamas divino
 Al que reparte con prudencia y tino
 Lo que le otorga celestial largueza,

Y que á mirar apárase constante
 El pálido semblante
 De la pobreza temerosa y dura,
 Y de la instable suerte
 Los vaivenes desprecia, y que la muerte
 Peor estima la maldad impura.

Es gran verdad que al hombre así forjado
No amedrenta del hado
La rigurosa faz y desabrida;
Y que, por los que ama
Y por la dulce patria que le inflama,
Perder no duda la preciada vida.



Paráfrasis, imitaciones
y poesías originales.

